

VII.

Los vascos

En 1937, cuando el mito del Spartak todavía estaba naciendo, se escribió una de las páginas más brillantes de la historia del club; al menos así se consideró hasta hace pocos años, puesto que un análisis más detallado y objetivo de los acontecimientos ha aportado detalles no del todo edificantes de los que, en todo caso, los jugadores no fueron responsables.

La tarde del 16 de junio de 1937, en un tren procedente de Varsovia, llegó a Moscú una selección de futbolistas del País Vasco. En la plaza frente a la estación Belorussky esperaba un gentío nunca antes visto para recibir a un combinado deportivo extranjero; se cubrió a los ilustres invitados con flores y altisonantes expresiones de bienvenida. Las razones de tal acogida fueron en primer lugar políticas; en España había estallado la Guerra Civil, y la selección vasca era recibida como heroica combatiente republicana. Algunos de sus jugadores, de hecho, lo eran: Isidro Lángara, por ejemplo, según los periódicos franquistas, fue «abatido en la toma de Barcelona», o José Iraragorri, quien participó en

el ataque de las fuerzas republicanas a Villarreal. En materia futbolística, los vascos también merecían todo ese entusiasmo: sin lugar a duda el suyo era el equipo más fuerte que jamás hubiera pisado territorio ruso y soviético.¹ Llegaron al país socialista tras culminar una triunfal gira europea en la que se habían impuesto al campeón de Francia, el Olympique de Marsella, por 5-2, y al Racing de París, un viejo conocido del fútbol moscovita, por 3-0 y 3-2. Por lo demás, tres de los futbolistas vascos habían sido incluidos por los periodistas en el once ideal del Mundial de 1934.

Las autoridades deportivas decidieron que los vascos se enfrentarían a diferentes equipos a nivel de club, pero sorprendentemente el Spartak de Moscú, vencedor del campeonato soviético de otoño de 1936, no estaba entre los elegidos.

El primer encuentro, disputado durante un sofocante día de verano en el gigantesco (para la época) estadio del Dinamo, se resolvió con una aplastante victoria de los vascos por 5 goles a 2 frente al Lokomotiv de Moscú, conjunto joven y más bien inexperto, pero que aun así se había adjudicado la primera edición de la Copa de la Unión Soviética. Muy inferiores técnicamente desde el inicio, los «ferroviarios» habían sido puestos en jaque también por el esquema en W de sus adversarios, tal y como le había ocurrido a la selección moscovita en 1936 ante el Racing de París. El Dinamo Moscú, más sólido como equipo, mejoró el resultado, pero en todo caso cayó por 1-2; la selección de Leningrado, en cambio, consiguió empatar con los ibéricos. Según el calendario establecido de la gira, todavía quedaban dos partidos, uno en Kiev y otro en Tiflis, y se contemplaba la opción de disputar un tercero en Minsk.

Aunque eran conscientes del nivel de los adversarios, el balance de los primeros encuentros empeoraba sin duda las previsiones soviéticas, y los últimos tres partidos ante plantillas «periféricas» no presagiaban un mejor resultado, sino todo lo

contrario. Así las cosas, los responsables del deporte nacional andaban insatisfechos y preocupados; por mucho que fueran amigos políticos, e incluso hermanos, no podía permitirse que los vascos ridiculizaran al fútbol soviético. Nikolái Stárostin, fiel a su lapidario estilo, indica los términos exactos en los que se manifestaba el problema: «Toda derrota era interpretada como un menoscabo al prestigio de la patria socialista. Los vascos no debían abandonar la Unión Soviética sin haber sido superados al menos una vez: para los altos funcionarios la cuestión se había convertido casi en una obsesión».²

No sin dificultades consiguieron acordar dos encuentros adicionales en los que el equipo invitado se batiría con el Dinamo y el Spartak, ambos reforzados con jugadores de otros clubes. Cansados de tanto partido sin apenas descanso, los vascos en realidad no tenían ninguna motivación para disputarlos, pero tuvieron que ceder a la petición soviética, y el 2 de julio la *Pravda* anunció oficialmente la decisión del Comité para la Cultura Física de jugar dos partidos más, uno el 5 y otro el 8 de ese mismo mes, y ambos en el estadio del Dinamo Moscú.

El segundo enfrentamiento del Dinamo³ acabó con una clamorosa derrota: 7-4 a favor de la selección vasca.

Llegados a este punto, a los altos dignatarios del Estado involucrados en la operación no les quedaba otra esperanza que confiar en el Spartak para salvar su reputación y su cargo, sin contar con algún riesgo incluso mayor. En el centro deportivo de Tarasovka, el campo de entrenamiento fue literalmente asediado por todo tipo de autoridad y funcionario del partido, de los sindicatos, del Komsomol, de las administraciones locales... Aleksandr Kosarev e Ivan Jarchenko, presidente del Comité para la Cultura Física, se quedaron incluso a dormir en las inmediaciones.

Durante esos días Nikolái Stárostin, a quien habían asignado tareas de organización, además de técnicas, iba y venía de

Tarasovka a Moscú, donde la presión no era menor: «Cartas, telegramas, llamadas de teléfono para darme consejos y desearme suerte... También conversaciones con dirigentes de distinto rango que me explicaban afectadamente que todo el país confiaba en nuestra victoria. [...] Las puertas de nuestra casa en la calle Spiridonevskaja estaban siempre abiertas y el teléfono sonaba veinticuatro horas al día».⁴

Nicolái habría preferido mil veces permanecer todo el tiempo en Tarasovka, ya que allí era donde se tomaban las decisiones importantes. Hacía falta elegir el equipo titular y, sobre todo, la táctica de juego; la W de los vascos había puesto al descubierto las debilidades del viejo sistema de cinco atacantes en línea adoptado por los equipos soviéticos. De estas cuestiones se ocupaba el consejo de entrenadores, que se reunía cada noche y a menudo hasta la mañana siguiente. Pese a su nombre, lo cierto es que no se trataba de un organismo estrictamente técnico. Además de los responsables del cuerpo técnico, también formaban parte de esas reuniones tres ilustres aficionados que ya han sido citados: los escritores Juri Olesa y Lev Kassil y el actor Mijaíl Jansin, cuyas opiniones, según Nikolái Stárostin, más allá de la mera cortesía, merecían ser escuchadas con gran atención.

El asunto más delicado tenía que ver con la disposición de los jugadores en el terreno de juego. Un esquema con cinco atacantes en línea conllevaba resignarse a una situación de extrema vulnerabilidad defensiva. Por otro lado, imponer un sistema totalmente nuevo para los jugadores, y además frente al mejor equipo contra el que jamás habían jugado, podía revelarse contraproducente; dicho en términos menos eufemísticos, podía motivar una paliza apabullante, justo lo último que necesitaba el Spartak, habida cuenta de la trascendencia política del choque.

En esta tesitura, Nikolái no se habría perdido por nada del mundo la última y decisiva reunión del consejo de entrenadores,

prevista para la víspera del partido. Por este motivo conducía a toda velocidad por la carretera que llevaba de Moscú a Tarasovka, mientras pensaba sin descanso en jugadores y sistemas. En el coche viajaban su mujer, K. Oganegov —corresponsal del periódico *Krasny sport*— y el conductor, desde hacía tiempo acostumbrado a ser pasajero, dado que a Nikolái, aunque no tenía carnet de conducir, le encantaba ponerse al volante; a la altura de la pequeña población de Mytishchi realizó un adelantamiento arriesgado y, para evitar un choque frontal contra un camión que avanzaba en dirección contraria, se salió de la calzada. El coche terminó volteado en la cuneta. El responsable del accidente salió milagrosamente ileso; Oganegov y el chófer estaban heridos pero conscientes; sin embargo, la mujer no daba señales de vida. Según sus propias palabras, Stárostin, temblando y aterrorizado, observaba la horrible escena, incapaz de reaccionar, cuando un coche negro bastante grande se detuvo justo al lado. De él se bajó el vicepresidente del NKVD, Prokofiev,⁵ que frecuentaba los estadios y conocía a los Stárostin. Fue él quien se encargó de los primeros auxilios. Hizo que trasladaran a la mujer de Stárostin, inconsciente, al cercano hospital de Mytishchi y, valiéndose de su autoridad, pese a ser tarde, consiguió que la condujeran inmediatamente al quirófano. Llegados a este punto, nada puede ser más expresivo que el testimonio del propio Stárostin, cuyo estilo de escritura reniega con frecuencia de lo trágico y, sobre todo, de lo melodramático: «A lo largo de los años he visto y soportado muchas cosas, pero hasta el día de hoy considero esos minutos como los más horribles de toda mi vida».⁶ Después de alrededor de una hora de espera, el cirujano le informó de que su mujer estaba fuera de peligro y de que no sufriría ninguna invalidez permanente, aunque tendría que permanecer en el hospital durante un mes. «No tenía ganas de retener las lágrimas que caían por mis mejillas...».⁷ Nikolái Stárostin jamás volvió a conducir un automóvil.